

JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Cuadernillos para la reflexión



Cúpula de la Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén.
En la misma se representa a Cristo Pantocrátor (Todopoderoso),
rodeado de la Santísima Virgen María, San Juan Bautista, Padres de la Iglesia y ángeles

LA MISERICORDIA EN LOS PADRES DE LA IGLESIA (I)

Parroquia Nuestra Señora de Loreto
Comunidad San Agustín de Canning

En sus homilías y escritos, los Padres de la Iglesia no cesan de insistir sobre el amor misericordioso de Dios hacia la humanidad. En este fascículo, dedicado al mensaje de los Padres de la Iglesia, se subraya la centralidad de Jesucristo como la persona en quien se hace visible la misericordia de Dios.

Tras repasar la enorme importancia de la enseñanza de los Padres de la Iglesia, se desarrolla un pasaje de la Carta a Diogneto sobre la epístola de San Pablo a los romanos. Sin mérito ni razón de nuestra parte, sino tan sólo por su inexplicable bondad, Dios nos ha concedido una vida nueva en Jesucristo. El autor saborea hasta el fondo la enorme y profunda novedad de la fe cristiana, y se siente movido a gratitud, esperanza y alegría.

A continuación, San Bernardo medita detenidamente sobre la Encarnación. En la humanidad de Jesús, Dios asume nuestra frágil condición humana y, cuanto más hondo desciende en el dolor y la muerte, tanto más resplandece su amor y misericordia por nosotros.

Los Padres de la Iglesia¹

Los llamados Padres de la Iglesia fueron principalmente obispos, sacerdotes y monjes (aunque también hubo laicos), que vivieron en los primeros siete siglos de la era cristiana. Destacados por su ejemplo de vida cristiana y sus profundas reflexiones sobre la Palabra de Dios y sus consecuencias, tuvieron la dicha de engendrar pueblos enteros en Cristo, como San Pablo: *Aunque hayan tenido diez mil maestros en Cristo, no tendrán muchos padres, porque sólo yo les he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio.*²

Si bien solemos conocer la Biblia, generalmente desconocemos las riquezas de la gran tradición de nuestra fe. Los Padres de la Iglesia son los más grandes maestros de la Iglesia después de los apóstoles. *Son ellos, en efecto, los que delinearon las primeras estructuras de la Iglesia junto con los contenidos doctrinales y pastorales que permanecen válidos para todos los tiempos... Son muchas veces especialistas de la vida espiritual, que comunican lo que han visto y gustado en su contemplación de las cosas divinas; lo que han conocido por la vía del amor.*³

Los Padres de la Iglesia fueron, después de los apóstoles, como dijo justamente San Agustín, *los sembradores, los regadores, los constructores, los pastores y los alimentadores de la Iglesia, la cual pudo crecer por su acción vigilante e incansable. Para que la Iglesia continúe creciendo es indispensable conocer a fondo su doctrina y su obra que se distingue por ser al mismo tiempo pastoral y teológica, catequética y cultural, espiritual y social en un modo excelente y, se puede decir, único con respecto a cuanto ha sucedido en otras épocas de la historia.*⁴

Los Padres de la Iglesia no solamente fueron santos, sino también grandes teólogos y pastores. Desarrollaron su pensamiento en contacto directo con el pueblo, en las asambleas litúrgicas de sus comunidades, utilizando la predicación como medio de expresión favorito. Impartían personalmente la catequesis a sus fieles, por lo que promovieron un pueblo cristiano sólidamente formado; entonces como nunca floreció la catequesis en la Iglesia.

¹ Cfr. Argüello, J. (2006) *Caminar con los Padres de la Iglesia* (pp. 9-19). Equipo Teyocoyani, Managua.

² 1 Cor 4, 15

³ Congregación para la Enseñanza Católica (1989). *Instrucción sobre los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* (núms. 18, 39).

⁴ *Ibid.* (núm. 47)

Gracias a ellos la Iglesia de su tiempo conoció *una vitalidad explosiva, un fervor misionero, un clima de amor que impulsaba las almas al heroísmo en la vida diaria personal y social, especialmente con las obras de misericordia, limosnas, cuidado de los enfermos, de las viudas, de los huérfanos, estima de la mujer y de toda persona humana, respeto y generosidad en el trato a los esclavos, libertad y responsabilidad frente a los poderes públicos, defensa y sostén de los pobres y oprimidos, y todas las formas del testimonio evangélico... llevado hasta el sacrificio supremo del martirio.*⁵

Por último, San Benito, maestro de la Europa cristiana, exhortaba: *para aquellos que desean acelerar su camino a la perfección de la religión, ahí están las enseñanzas de los Santos Padres, cuyo seguimiento puede llevar a los hombres al culmen de la perfección.*⁶ El propio Concilio Vaticano II ha recomendado a los católicos *acudir con mayor frecuencia a estas riquezas espirituales de los Padres [...], que levantan a todo el ser humano a la contemplación de lo divino.*⁷

La misericordia de Dios se mostró en Jesucristo⁸

...Ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas: la justicia de Dios, por la fe en Jesucristo, para todos los que creen. Porque no hay ninguna distinción: todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención cumplida en Cristo Jesús.

*Él fue puesto por Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, gracias a la fe. De esa manera, Dios ha querido mostrar su justicia: en el tiempo de la paciencia divina, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, y en el tiempo presente, siendo justo y justificando a los que creen en Jesús.*⁹

Nadie jamás ha visto ni ha conocido a Dios, pero él ha querido manifestarse a sí mismo. Se manifestó a través de la fe, que es la única a la que se le concede ver a Dios. Porque Dios, Señor y Creador de todas las cosas, que todo lo hizo y todo lo dispuso con orden, no sólo amó a los hombres, sino que también fue paciente con ellos. Siempre lo fue, lo es y lo será: bueno, benigno, exento de toda ira, veraz; más aún: él es el único bueno. Después de haber concebido un designio grande, incapaz de ser expresado con palabras humanas, se lo comunicó a su único Hijo.

Mientras mantenía oculto su sabio designio y lo reservaba para sí, parecía abandonarnos y olvidarse de nosotros. Pero, cuando lo reveló por medio de su amado Hijo y manifestó lo que había establecido desde el principio, nos dio juntamente todas las cosas: participar de sus beneficios y ver y comprender sus designios. ¿Quién de nosotros hubiera esperado jamás tanta generosidad?

⁵ Ibíd. (núms. 18, 39)

⁶ San Benito. *La Regla de los monjes* (núm. 73)

⁷ Concilio Vaticano II. *Decreto sobre el ecumenismo* (núm. 15).

⁸ Argüello, J. (2006) *Caminar con los Padres de la Iglesia* (pp. 42-43). Equipo Teyocoyani, Managua. Fragmento de la Carta a Diogneto. Esta famosa carta, de autor desconocido, probablemente del siglo III, está dirigida a un importante personaje del mundo pagano, y desarrolla las razones por las que vale la pena ser cristiano.

⁹ Rm 3, 21-26



La Anunciación (circa 1426), Museo del Prado de Madrid. Fra Angelico (1400 - 1455)

La segunda Persona de la Santísima Trinidad asume la condición humana para alcanzar la redención a la humanidad. De esta manera se manifestó la Misericordia de Dios hacia su criatura.

Dios, que todo lo había dispuesto junto con su Hijo, permitió que hasta el tiempo anterior a la venida del Salvador viviéramos desviados del camino recto, atraídos por los deleites y placeres deshonestos, y nos dejáramos arrastrar por nuestros impulsos desordenados. No porque se complaciera en nuestros pecados, sino que los toleraba. Ni es tampoco que Dios aprobara aquel tiempo de maldad, sino que estaba preparando el tiempo actual de justicia, a fin de que, demostrada nuestra culpabilidad en aquel tiempo en que por nuestras propias obras éramos indignos de la vida, fuéramos hechos dignos de ella por la bondad de Dios, reconociendo así que por nosotros mismos no podíamos entrar en el reino de los cielos, pero que esto se nos concedía como un don de Dios.

Pues cuando nuestra maldad había colmado la medida y se hizo plenamente manifiesto que por ella merecíamos el castigo y la muerte, llegó en cambio el tiempo establecido por Dios para manifestar su bondad y su poder ¡oh inmenso amor de Dios a los hombres! y no nos odió ni nos rechazó ni se vengó de nuestras ofensas, sino que nos soportó con grandeza de ánimo y paciencia, apiadándose de nosotros y cargando él mismo con nuestros pecados. Nos dio a su propio Hijo como precio de nuestra redención: entregó al que es santo para redimir a los impíos, al inocente por los malos, al justo por los injustos, al incorruptible por los corruptibles, al inmortal por los mortales. Y ¿qué otra cosa hubiera podido encubrir nuestros pecados sino su justicia? Nosotros que no amamos a Dios ni al prójimo y somos malos, ¿en quién hubiéramos podido ser justificados sino únicamente en el Hijo de Dios?

¡Oh admirable intercambio, mediación incomprensible, beneficios inesperados: que la impiedad de muchos sea encubierta por un solo justo y que la justicia de un solo hombre justifique a tantos impíos!

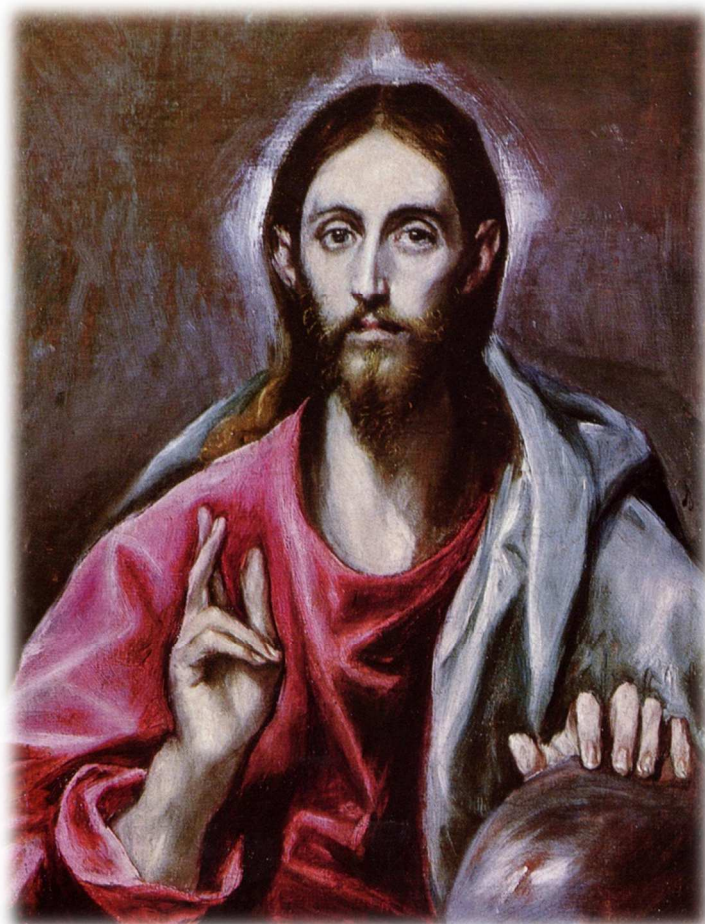
En la humanidad de Cristo se nos muestra la misericordia del Padre¹⁰

Si la exhortación en nombre de Cristo tiene algún valor, si algo vale el consuelo que brota del amor o la comunión en el Espíritu, o la ternura y la compasión, les ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento. No hagan nada por espíritu de discordia o de vanidad, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos. Que cada uno busque no solamente su propio interés, sino también el de los demás.

Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte, y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: «Jesucristo es el Señor».¹¹

Dios, nuestro Salvador; hizo aparecer su misericordia y su amor por los hombres. Demos gracias a Dios, pues por él abunda nuestro consuelo en esta nuestra peregrinación, en éste nuestro destierro, en ésta vida tan llena aún de miserias.

Antes de que apareciera la humanidad de nuestro Salvador, la misericordia de Dios estaba oculta; existía ya, sin duda, desde el principio, pues la misericordia del Señor es eterna, pero



Cristo Salvador del mundo, 1608-1614.
Museo del Prado, Madrid. El Greco (1541-1614)

¹⁰ Argüello, J. (2006) *Caminar con los Padres de la Iglesia* (pp. 44-46). Equipo Teyocoyani, Managua. Sermón de San Bernardo, abad, sobre la Encarnación. Este santo francés vivió en el siglo XII (no es propiamente un Padre de la Iglesia) y tuvo gran impacto en su época. A sus 22 años ingresó en un monasterio cisterciense y arrastró tras de sí a varios primos y amigos suyos. Renunció a la tranquilidad del retiro y la oración para luchar incansablemente por la reforma de la Iglesia, interviniendo en los grandes conflictos políticos y religiosos de su tiempo. Antes de su muerte había fundado 68 monasterios. Su espiritualidad se caracteriza por un amor muy tierno a la humanidad del Señor y una ferviente devoción mariana.

¹¹ Fil 2, 1-11

al hombre le era imposible conocer su magnitud. Ya había sido prometida, pero el mundo aún no la había experimentado y por eso eran muchos los que no creían en ella. Dios había hablado, ciertamente, de muchas maneras por ministerio de los profetas. Y había dicho: Sé muy bien lo que pienso hacer con ustedes: designios de paz y no de aflicción. Pero, con todo, ¿qué podía responder el hombre, que únicamente experimentaba la aflicción y no la paz? “¿Hasta cuándo —pensaba— irán anunciando: «Paz, paz», cuando no hay paz”? Por ello los mismos mensajeros de paz lloraban amargamente, diciendo: Señor, ¿quién ha dado fe a nuestra predicación? Pero ahora, en cambio, los hombres pueden creer, por lo menos, lo que ya contemplan sus ojos; ahora los testimonios de Dios se han hecho sobremanera dignos de fe, pues, para que este testimonio fuera visible, incluso a los que tienen la vista enferma, el Señor le ha puesto su tienda al sol.

Ahora, por tanto, nuestra paz no es prometida, sino enviada; no es retrasada, sino concedida; no es profetizada, sino realizada: el Padre ha enviado a la tierra algo así como un saco lleno de misericordia; un saco, diría, que se romperá en la pasión, para que se derrame aquel precio de nuestro rescate, que él contiene; un saco que, si bien es pequeño, está totalmente lleno. En efecto, un niño se nos ha dado, pero en este niño habita toda la plenitud de la divinidad. Esta plenitud de la divinidad se nos dio después que hubo llegado la plenitud de los tiempos. Vino en la carne para mostrarse a los que eran de carne y, de este modo, bajo los velos de la humanidad, fue conocida la misericordia divina; pues, cuando fue conocida la humanidad de Dios, ya no pudo quedar oculta su misericordia. ¿En qué podía manifestar mejor el Señor su amor a los hombres sino asumiendo nuestra propia carne? Pues fue precisamente nuestra carne la que asumió, y no aquella carne de Adán que antes de la culpa era inocente.

¿Qué cosa manifiesta tanto la misericordia de Dios como el hecho de haber asumido nuestra miseria? ¿Qué amor puede ser más grande que el del Verbo de Dios, que por nosotros se ha hecho como la hierba débil del campo? Señor, ¿qué es el hombre para que le des importancia, para que te ocupes de él? Que comprenda, pues, el hombre hasta qué punto Dios cuida de él; que reflexione sobre lo que Dios piensa y siente de él. No te preguntes ya, oh hombre, por qué tienes que sufrir tú; pregúntate más bien por qué sufrió él. De lo que quiso sufrir por ti puedes concluir lo mucho que te estima; a través de su humanidad se te manifiesta el gran amor que tiene para contigo. Cuanto menor se hizo en su humanidad, tanto mayor se mostró en el amor que te tiene, cuanto más se abajó por nosotros, tanto más digno es de nuestro amor. Dios, nuestro Salvador —dice el Apóstol—, hizo aparecer su misericordia y su amor por los hombres. ¡Qué grande y qué manifiesta es esta misericordia y este amor de Dios a los hombres! Nos ha dado una grande prueba de su amor al querer que el nombre de Dios fuera añadido al título de hombre.

Jubileo Extraordinario de la Misericordia

8 de diciembre de 2015 – 20 de noviembre de 2016



Den gracias al Señor por su misericordia
y por sus maravillas en favor de los hombres

Salmo 107, 21

